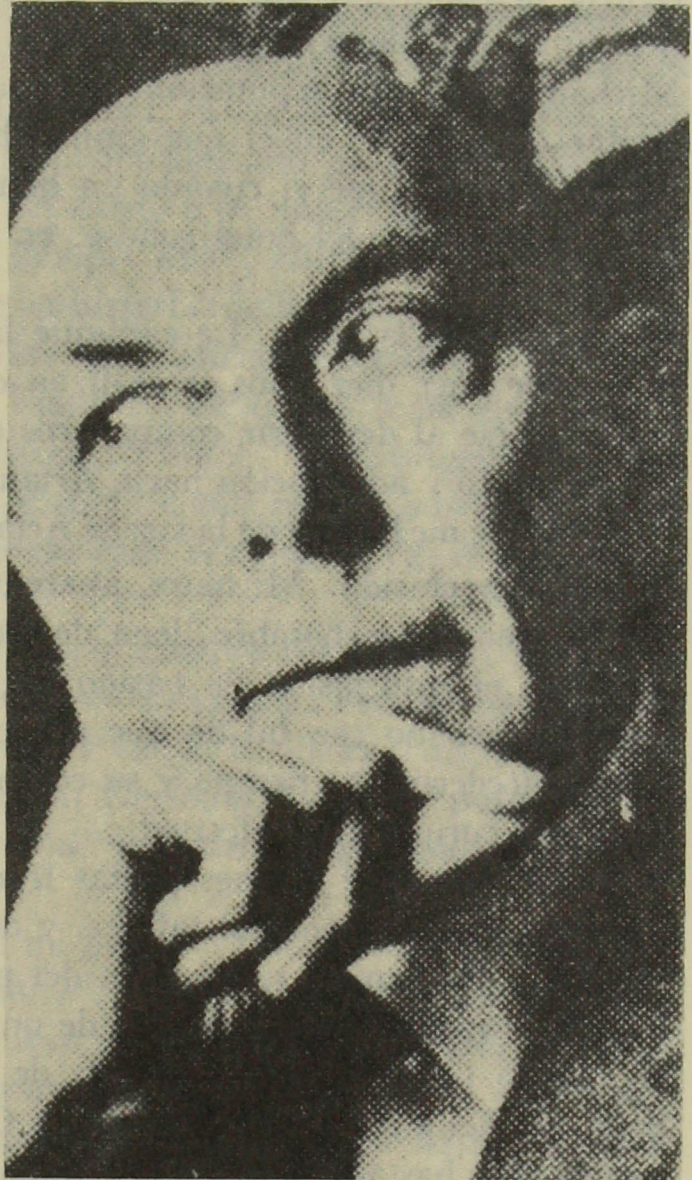


## ¡SALUD POR TI, MICHAUX!

por ALLEN GINSBERG



Cuando en 1958 me encontraba yo en París, tuve el deseo de tener un encuentro con los tres únicos franceses a quienes como a nadie hubiera yo considerado vivos: Céline y Genêt, ambos maestros de la prosa-poesía, y Michaux, el solitario que se ha vuelto lúcido, humano, animoso, profético en la investigación sobre las drogas alucinógenas. Genêt se escondía en Córcega para estudiar la carne o en Amsterdam para estudiar a Rembrandt. Céline "reumatizaba" en Meudon. Quedaba Michaux. Le envié un par de palabras corteses desde la esquina de la calle Gitle-Coeur, donde yo habitaba, en las que le decía que era yo un joven poeta americano que poseía

gran experiencia en ese dominio, los alucinógenos, y que me sería muy grato intercambiar informaciones. Era el primer poeta de alguna importancia con quien tenía la ocasión de reunirme, y que sabía algo realmente acerca del uso "honorífico" de estas drogas. Todos los jóvenes poetas americanos, desconocidos en Francia en esa época, habían efectuado investigaciones profundas sobre los estados de conciencia desconocidos que pueden catalizar el peyotl, el haschisch y la mescalina, pero no tenían ellos a alguien mayor con quien confrontar sus experiencias.

Michaux tenía una reputación de recluso empedernido y hube de sorprenderme al recibir un mensaje en el que anunciaba su visita para un cierto mediodía, y más sorprendido aún me vi cuando un hombre de cierta edad, de aguda mirada, entró en mi habitación del hotel roñoso, en tanto que yo me lavaba los pies en el lavatorio.

Se sentó sobre la cama. Le expliqué las experiencias tradicionales sobre el peyotl, que desde hace diez años se realizan en Estados Unidos, y yo creo que ha debido sorprenderse al descubrir compañeros desconocidos en este planeta. Me entusiasmé por su afecto y admiración hacia Artaud, el "poeta", así como por la simpática descripción que me hiciera de la voz de Artaud, un "son revelador".

Primera conclusión: Michaux, aparentemente desconfiado y solitario, es como todos los genios un hombre lleno de simpatía natural, del cual se está seguro que aprobará el entusiasmo, la pasión, la comprensión o no importa qué capricho del corazón humano con tal de que no sea fingido. Michaux no tenía ningún motivo para concederme su tiempo y su cortesía, salvo su inteligencia y sensibilidad hacia mi propia curiosidad intelectual.

Le pregunté a qué jóvenes poetas franceses podía él recomendar, y me respondió que tenía pocos. Bonnefoi tal vez, y después Joyce Mansour. Me indicó *Douve* de Bonnefoi. Hablamos, sobre todo, del programa que acababa de hacer Artaud en la Radiodifusión Francesa, después de un cambio de chismes sobre la mescalina. Le di mi propio libro *Hawl* y *Gasoline* de Corso. Creo que nos fuimos hasta la Plaza Saint Michel a tomar té con Gregory Corso, que habitaba conmigo. Este primer encuentro fue bastante corto, pero pude darme cuenta de que había en este planeta una presencia bondadosa.

Nos volvimos a ver una segunda vez, así, muy rápidamente. Tuvo él nuevamente la cortesía de venir a mi departamento (a menos que haya querido salvaguardar la tranquilidad de su casa) donde se reunió con Mr. Burroughs. Había recorrido los libros con placer: no pensé que hubiera obtenido gran cosa de mi inglés, pero fue sensible al lenguaje de Gregory Corso, y rió al citar un verso que le había complacido, "mad children of soda caps" ("hijos dementes de las cápsulas de soda"). Yo encontraba que era esa una frase graciosa, y que era notable pero también inevitable el hecho de que un maestro de la lengua francesa la comprendiera y le gustara.

Michaux nos había llevado como regalo de despedida *L'infini fourment*. “¿Podría usted dedicarlo?”, le pregunté. Creo que le divirtió la manera como un joven bárbaro americano aprecia un gesto tal, y escribió algunas palabras sobre la primera página. Pero Corso y Burroughs quisieron leer el libro, yo se los dejé al volver a Estados Unidos y no lo he vuelto a ver más.

Burroughs me dijo que Michaux y él se encontraron numerosas veces por casualidad en los cafés de los alrededores. Burroughs había comenzado a fragmentar su propio lenguaje para escapar por allí y transformar su conciencia. Michaux, que corría por la vida como el Conejo Blanco, se había detenido para contarle que se había encontrado con él, con Burroughs, en un sueño o en una ensoñación alucinógena: “Usted esperaba”, le dijo. “Yo estoy siempre allá”, afirmó Burroughs. Maravillosos, aunque bien pueda tratarse de una de las historias de Burroughs.

Varios años más tarde, después de espantosas experiencias americanas con LSD, atravesé de nuevo París camino a la India. Fuimos a desayunar a un viejo café al que me había dado cita, a más de un kilómetro de mi hotel. “Las visiones de los que se drogan me interesan cada vez menos, la manera como relatan sus experiencias y lo que hacen en seguida es lo que me interesa cada vez más”. Tal era su pensamiento, muy razonable, en 1961.

De vuelta de India, otra vez en París, en 1965, y siempre con Gregory Corso, yo había ido a casa de Michaux a dejar un papel en su puerta. Fracasamos durante varios días. Hasta aquel instante en que Gregory Corso lo divisó cruzando la calle Saint Jacques, como nosotros volvíamos de Saint Germain, Corso se puso a aullar (como un adolescente de una banda newyorkina, del Lower East Side, dirigiéndose a un viejo salchicero judío) “¡Hey, Henry!”

Henry atravesó la calle, “¿Ha recibido usted mi nota?”, “No, ¿y usted ha recibido la mía?”. “Les he fijado una cita para mañana”. Charlataneábamos los tres alrededor de un farol, curiosamente juntos de nuevo en este planeta, cuando Michaux notó por el rabillo del ojo a una joven ricamente vestida en medio de la calle estrecha, una turista-periodista que apuntaba un aparato fotográfico hacia nosotros. Michaux se volvió y disimuló su rostro. Yo mismo, no obstante ser apenas conocido en esa época, creí que habíamos sido reconocidos, y que sería cosa de buena suerte poder ver este encontrato fortuito impreso en blanco y negro. “Querido poeta Ginsberg”, dijo ingenuamente Michaux, “a toda vista desean tomar una foto suya, yo voy a apartarme”. Yo estaba turbado, temía que él pensara que nosotros le habíamos buscado en las calles con fotógrafos para cogerlo en la celada, y que teníamos un avión listo para llevarnos de vuelta a Estados Unidos nuestro botín de imágenes destinado a algún “Life Magazine” u otro dispensador de eternidad. Yo iba a decirle: “Pero creo . . . creo que es a usted a quien quieren”, pero estaba yo demasiado confundido y lleno de vergüenza como para decir lo que fuera. Durante

ese tiempo la dama nos dio instrucciones. ¿Nos pedía ella verdaderamente que la miráramos sonrientes?

“Por favor, señores, ¿podrían ustedes apartarse? Trato de tomar una foto de la puerta-cochera que está detrás de ustedes”.

“No, no”, dijo Michaux, “Mr. Ginsberg, se lo ruego, esta foto no es más que para usted”. —No había entendido, no había comprendido, y quería aún retirarse de mi grosera conspiración. “Señores, por favor, aléjense de la puerta para que pueda yo tomar esta foto”, nos conminó la dama. El rostro de Michaux se iluminó de una alegría y de una absurdidad completamente chinas y nosotros continuamos nuestro rumbo como exquisitos héroes chaplinescos, inclinándonos el uno hacia el otro para indicarnos el camino.

Entretanto, lejos de tener un avión a mi disposición, no tenía yo un rincón donde ir a parar y casi nada que comer. Una vez vuelto a la tierra, Michaux, con una bondad de padre me ofreció algunos miles de francos que yo acepté avergonzadamente. Nos citamos para el día siguiente a almorzar.

Esta vez íbamos, de todos los lugares posibles, a la Coupole, en taxi, para comer mariscos y carnes exquisitas hablando de India.

“Pero, ¿dónde está la inmortal poesía de la joven Francia?”, le dije. “He leído detenidamente a Bonnefoi, ¡pero esas no son más que abstracciones!” “¿Para qué haberme hablado de Bonnefoi, de Mansour?”

“Oh, yo le he dicho sencillamente que Mansour era interesante, místico. Usted me preguntó qué era lo que existía como poesía. Yo creí que se trataba de una pregunta de cortesía, literaria, de viajero literario, y que exigía una respuesta literaria”. Parecía desolado por la falta de invención espiritual de París, anciano solitario y digno, de cabellos finos.

Gregory no se sentía bien (alguna enfermedad americana), y nos dejó pronto. Supliqué a Michaux que me acompañara a la Librería Mistral —yo dormía en la olorosa pieza de alojados, tapizada de libros, del segundo piso, frente a Notre-Dame (dormir hasta el mediodía después de un errar solitario, toda la noche, como un paciente de mal de amores, en busca de extranjeros, del Fiacre a la Pérgola, para despertar rodeado de muchachas cubiertas de collares que leían obras sobre China Comunista)— yo había comenzado en la India a cantar el *mantram* acompañándome de minúsculos címbalos fijados en la punta de los dedos, y quería por lo menos mostrar ante Michaux algo nuevo para ambos —relegando quizá esto al deseo suyo manifestado años antes acerca de ver los resultados de una conciencia que hubiera asimilado una parte de la profundidad mística. De todas maneras, yo quería *cantar* para Michaux, como en última instancia todo poeta debe hacerlo.

Este canto forma parte de la práctica del Bhakti Yoga, el yoga religioso, donde se